

VER:

En el primer retiro vimos que la Exhortación *Sacramentum Caritatis*, del Papa Benedicto XVI, publicada en 2007, nos ofrece una gran catequesis sobre la Eucaristía y la oración. En ella el Papa Benedicto XVI se propone recordarnos a los cristianos el insondable contenido del misterio de la Eucaristía, no en teoría, sino en lo hondo de nuestra fe, en la celebración y en la vida. También vimos que la Exhortación *Sacramentum Caritatis* está estructurada en tres partes:

- 1) La Eucaristía, misterio que se ha de creer.
- 2) La Eucaristía, misterio que se ha de celebrar.
- 3) La Eucaristía, misterio que se ha de vivir.

Asimismo, el 17 de abril de 2003, Jueves Santo, en la Misa Vespertina de la Cena del Señor, el Papa Juan Pablo II presentó y firmó los primeros ejemplares de su encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, “La Iglesia vive de la Eucaristía”, también que estuvimos reflexionando en anteriores retiros.

Hemos reflexionado acerca de la relación entre la Iglesia y la Eucaristía, así como el lugar central que la Eucaristía debe tener en la vivencia del domingo, ayudándonos de la carta apostólica *Dies Domini*, “El día del Señor”, del Papa Juan Pablo II. Y que debemos hacer de la vida una Eucaristía, como vimos en el anterior retiro.

Este retiro sobre la Eucaristía vamos a contemplar a María. Ella fue la Madre del Sumo y Eterno Sacerdote que se ofreció en la Cruz y que ahora, en la Eucaristía, continúa ofreciéndose por los hombres.

También María se ofrendó juntamente con su Hijo en el momento de la Cruz, además de haber hecho de su vida entera un sacrificio agradable al Padre. Por eso, María está íntimamente unida a la Eucaristía y es modelo perfecto para todas las almas eucarísticas, para todos los que nos sentimos y profesamos hermanos de Jesús e hijos de María.

Para la reflexión:

- ¿A qué creo que se refiere el título de este retiro: “MARÍA Y LA EUCHARISTÍA”?
- Medito esta frase: También María se ofrendó juntamente con su Hijo en el momento de la Cruz, además de haber hecho de su vida entera un sacrificio agradable al Padre. Por eso, María está íntimamente unida a la Eucaristía. ¿Había pensado antes en esta relación?

JUZGAR: MARÍA Y LA EUCARISTÍA

Dice el Papa Juan Pablo II en su encíclica *La Iglesia vive de la Eucaristía (Ecclesia de Eucharistia)*:

56. María, con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario, hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. Cuando llevó al niño Jesús al templo de Jerusalén «para presentarle al Señor» (Lc 2, 22), oyó anunciar al anciano Simeón que aquel niño sería «señal de contradicción» y también que una «espada» traspasaría su propia alma (cf. Lc 2, 34.35). Se preanunciaba así el drama del Hijo crucificado y, en cierto modo, se prefiguraba el «stabat Mater» de la Virgen al pie de la Cruz. Preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de «Eucaristía anticipada» se podría decir, una «comunión espiritual» de deseo y ofrecimiento, que culminará en la unión con el Hijo en la pasión y se manifestará después, en el período postpascual, en su participación en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles, como «memorial» de la pasión.

¿Cómo imaginar los sentimientos de María al escuchar de la boca de Pedro, Juan, Santiago y los otros Apóstoles, las palabras de la Última Cena: «Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros» (Lc 22, 19)? Aquel cuerpo entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, ¡era el mismo cuerpo concebido en su seno! Recibir la Eucaristía debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz.

57. «Haced esto en recuerdo mío» (Lc 22, 19). En el «memorial» del Calvario está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasión y muerte. Por tanto, no falta lo que Cristo ha realizado también con su Madre para beneficio nuestro. En efecto, le confía al discípulo predilecto y, en él, le entrega a cada uno de nosotros: «¡He aquí a tu hijo!». Igualmente dice también a todos nosotros: «¡He aquí a tu madre!» (cf. Jn 19, 26.27).

Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros –a ejemplo de Juan– a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. Por eso, el recuerdo de María en la celebración eucarística es unánime, ya desde la antigüedad, en las Iglesias de Oriente y Occidente.

58. En la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de María. Es una verdad que se puede profundizar releyendo el Magnificat en perspectiva eucarística. La Eucaristía, en efecto, como el canto de María, es ante todo alabanza y acción de gracias. Cuando María exclama «proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador», lleva a Jesús en su seno. Alaba al Padre «por» Jesús, pero también lo alaba «en» Jesús y «con» Jesús. Esto es precisamente la verdadera «actitud eucarística».

Al mismo tiempo, María rememora las maravillas que Dios ha hecho en la historia de la salvación, según la promesa hecha a nuestros padres (cf. Lc 1, 55), anunciando la que supera a todas ellas, la encarnación redentora. En el Magnificat, en fin, está presente la tensión escatológica de la Eucaristía. Cada vez que el Hijo de Dios se presenta bajo la «pobreza» de las especies sacramentales, pan y vino, se pone en el mundo el germen de la nueva historia, en la que se «derriba del trono a los poderosos» y se «enaltece a los humildes» (cf. Lc 1, 52). María canta el «cielo nuevo» y la «tierra nueva» que se anticipan en la Eucaristía y, en cierto sentido, deja entrever su ‘diseño’ programático. Puesto que el Magnificat expresa la espiritualidad de María, nada nos ayuda a vivir mejor el Misterio eucarístico que esta espiritualidad. ¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un magnificat!

El Evangelio no habla, a primera vista, de la relación de María con la Eucaristía, pues el relato de la institución, en la tarde del Jueves Santo, no la menciona entre los presentes. Sin embargo, los Evangelios aportan muchos datos de los que se desprende que entre la una y la otra existe un vínculo intimísimo.

En primer lugar, como hemos dicho antes, María está unida a la Eucaristía porque es la Madre de Cristo, el Sacerdote y la Víctima que se ofrece en la celebración. En efecto, ella hizo posible, con su “hágase” generoso y completo, que el Espíritu Santo formase en su seno un cuerpo, el cual fue asumido por la segunda Persona de la Santísima Trinidad, de tal manera que el que hasta entonces era sólo Dios, sin dejar de serlo, fuese también verdadero hombre.

Precisamente por ser verdadero hombre, Cristo pudo entregarnos ese Cuerpo y esa Sangre cuando instituyó la Eucaristía en el Cenáculo; pudo ofrecerse más tarde en sacrificio, muriendo por nosotros en la Cruz; y luego, una vez resucitado, puede seguir ofreciéndolo por el ministerio de los sacerdotes.

María está unida a la Eucaristía porque sin María no existiría Cristo-Pan de Vida y, por tanto, nosotros no podríamos comulgarlo. Cristo se llama a sí mismo “*el Pan de vida que ha bajado del cielo*” (Jn 6), es decir, el Verbo que, en la Encarnación, se hace presente en nuestra historia para dársenos en alimento, a fin de que, unidos a Él, podamos recorrer sin desfallecer nuestro camino hacia la Casa del Padre. Sin ese alimento desfallecemos y es imposible que seamos cristianos, porque “*el que no come mi Carne y bebe mi Sangre no tiene la vida eterna*” (Jn 6).

La Encarnación del Verbo tiene su prolongación sacramental en la Eucaristía, de tal modo que la Carne que ahora se nos da cuando comulgamos es la carne del Verbo Encarnado, aunque glorificada. María, al hacer posible la Encarnación, hizo posible también la Eucaristía.

Sin María, no hubiera existido ni el Sacerdote ni la Víctima (Jesucristo), que se ofreció por nosotros al Padre, ni hubiera existido la Eucaristía, que es el sacrificio sacramental de Cristo, Sacerdote y Víctima.

En segundo lugar, María está también unida a la Eucaristía porque durante toda su vida, no sólo en el Calvario, hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. Esta “dimensión sacrificial” consistió en el deseo y ofrecimiento de unirse a su Hijo en el sacrificio que iba a realizar por nosotros al Padre; deseo y ofrecimiento que culminó en la unión con su Hijo al pie de la Cruz y se manifestaría después de la Pascua al participar en la Eucaristía como “memorial” de la Pasión.

Ya en la Presentación de Jesús en el Templo escuchó de labios de Simeón la profecía de la Pasión y Muerte de su Hijo, y su alma se vio allí mismo atravesada por la espada del dolor con que el Padre la unía al dolor de su Hijo (Lc 2, 34-35). Esa espada volvió a aparecer en el momento en que su Hijo “se perdió” en Jerusalén sin su consentimiento y cuando tuvo que escuchar de aquel Hijo que Él pertenecía más al Padre que a Ella, y que debía preferir las cosas de ese Padre, aunque a ella le costase la separación física.

María no entendía esto, pero lo aceptó en su corazón de Madre y no reclamó ni retuvo al que era verdadero Hijo suyo. Tuvo que sentir dolor, pero una vez más obedeció la voluntad del Padre, y por ello, nos dio ejemplo de una actitud sacrificial. La misma actitud que luego volvió a manifestarse cuando Jesús deja Nazaret para dedicarse por entero al ministerio público y, sobre todo, en el momento supremo de la muerte en la Cruz.

María estaba allí consintiendo en el sacrificio de su Hijo por nosotros y siendo asociada por ese Hijo a su sacrificio. ¡El mismo sacrificio que ahora hacemos presente en nuestros altares! Debemos meditar que la verdadera participación en la Eucaristía nos lleva a hacer de nuestra entera existencia una respuesta amorosa a la voluntad del Padre, aunque implique el dolor. Sin esta dimensión sacrificial de nuestra vida jamás seremos almas de Eucaristía; sin sacrificar nuestra voluntad para hacer la voluntad de Dios, nuestra participación en la Misa se queda a las puertas de lo que es de verdad la Eucaristía.

Quizá esté aquí la causa de los escasos frutos de santidad y apostolado que encontramos en nuestra vida. Debemos pedir al Señor que nos haga perder el miedo al sacrificio de cada día, al pequeño “no” a nuestra voluntad en cada momento, a la pequeña cruz que sale a nuestro encuentro en el trabajo, en casa, en la relaciones con los demás...

Un tercer punto, la vida de María siempre fue una entrega y servicio a los demás. Los Evangelio sinópticos recogen la institución de la Eucaristía, pero San Juan nos narra el lavatorio de los pies. Nos da ejemplo para que nosotros hagamos lo mismo. Con esto queda muy clara la misión de la Iglesia en el mundo: servir. *“Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros bagáis como yo he hecho con vosotros”* (Jn 13, 15) La Iglesia siguiendo el ejemplo de Cristo está al servicio de la humanidad. Por tanto todos aquellos que formamos la Iglesia estamos llamados a servir a los que nos rodean. La Eucaristía es servicio, sino no es Eucaristía. Y el mejor ejemplo, de entrega y servicio, lo encontramos en María.

María es esa Madre de los oídos y los ojos abiertos a la Palabra de Dios que descubre las necesidades de los que le rodean. Con un corazón siempre alerta, y disponible para ayudar y servir desinteresadamente y con alegría. Se pone en camino y va a casa de Isabel, sale con prontitud al encuentro de su prima que está necesitada de Ella (Lc 1, 39-56). Y es esa Madre atenta en las bodas de Caná, llena de solicitud y preocupación, pendientes de los que no tienen el vino de la alegría, de la esperanza y del amor (Jn 2, 1-11). Podríamos parafrasear el título de un libro y recordar: “Un cristiano que no sirve, no sirve para nada”.

Un cuarto punto para nuestra meditación sobre las relaciones entre María y la Eucaristía es verla como el modelo perfecto de la acción de gracias que ha de prolongarse en nuestra jornada, después de haber participado en la Misa.

La Eucaristía es la gran acción de gracias que Cristo, y nosotros en y por Él, da al Padre por todos los beneficios que ha derramado y continúa derramando sobre todos. De la misma manera que toda la vida de María fue un ininterrumpido Magnificat, la nuestra ha de ser también un permanente canto de alabanza y acción de gracias al Padre, haciendo nuestro el espíritu de María.

Para la reflexión:

- Lee los textos de Juan Pablo II. ¿Qué te llama más la atención? ¿Qué te sugiere?
- Sin María no existiría Cristo-Pan de Vida y, por tanto, nosotros no podríamos comulgarlo. La Encarnación del Verbo tiene su prolongación sacramental en la Eucaristía. María, al hacer posible la Encarnación, hizo posible también la Eucaristía. Demos gracias al Espíritu Santo por haber formado en el seno de María el Cuerpo que Jesucristo ofrecería por nosotros en la Cruz y nos daría en comunión. ¿He pensado alguna vez en la profunda unidad que existe entre la Trinidad, la Encarnación, María y la Eucaristía?

- María está también unida a la Eucaristía porque durante toda su vida, no sólo en el Calvario, hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. La verdadera participación en la Eucaristía nos lleva a hacer de nuestra entera existencia una respuesta amorosa a la voluntad del Padre, aunque implique el dolor. Pensemos ante el Señor si a lo largo del día nos acordamos de ofrecer al Padre nuestro trabajo, nuestras ilusiones, nuestros proyectos, nuestras alegrías y penas... toda nuestra existencia.
- María es esa Madre de los oídos y los ojos abiertos a la Palabra de Dios que descubre las necesidades de los que le rodean. Con un corazón siempre alerta, y disponible para ayudar y servir desinteresadamente y con alegría. Preguntémonos, ¿hago de mi vida Eucarística un servicio desinteresado hacia los demás, sobre todo hacia los más necesitados?
- María es el modelo perfecto de la acción de gracias que ha de prolongarse en nuestra jornada, después de haber participado en la Misa. De la misma manera que toda la vida de María fue un ininterrumpido Magnificat, la nuestra ha de ser también un permanente canto de alabanza y acción de gracias al Padre, haciendo nuestro el espíritu de María. ¿Agradecemos poder participar en la Eucaristía? ¿Nos acordamos de agradecer a Dios los favores que nos otorga cada día?

ACTUAR:

Dice el Papa Benedicto XVI en *Sacramentum caritatis*:

96. Que María Santísima, arca de la nueva y eterna alianza, nos acompañe en este camino. En Ella encontramos la esencia de la Iglesia realizada del modo más perfecto. La Iglesia ve en María, «Mujer eucarística», su ícono más logrado, y la contempla como modelo insustituible de vida eucarística. Por eso, en presencia del «verum Corpus natum de Maria Virgine» sobre el altar, el sacerdote, en nombre de la asamblea litúrgica, afirma con las palabras del canon romano: «Veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor». Los fieles, por su parte, «encomiendan a María, Madre de la Iglesia, su vida y su trabajo. Esforzándose por tener los mismos sentimientos de María, ayudan a toda la comunidad a vivir como ofrenda viva, agradable al Padre».

Ella es la Tota pulchra, Toda hermosa, ya que en Ella brilla el resplandor de la gloria de Dios. La belleza de la liturgia celestial, que debe reflejarse también en nuestras asambleas, tiene un fiel espejo en Ella. De Ella hemos de aprender a convertirnos en personas eucarísticas y eclesiales para poder presentarnos también nosotros, según la expresión de san Pablo, «inmaculados» ante el Señor, tal como Él nos ha querido desde el principio.

Y Juan Pablo II dice también:

62. Pongámonos, sobre todo, a la escucha de María Santísima, en quien el Misterio eucarístico se muestra, más que en ningún otro, como misterio de luz. Mirándola a ella conocemos la fuerza transformadora que tiene la Eucaristía. En ella vemos el mundo renovado por el amor. Al contemplarla asunta al cielo en alma y cuerpo vemos un resquicio del «cielo nuevo» y de la «tierra nueva» que se abrirán ante nuestros ojos con la segunda venida de Cristo.

Toda la vida de María estuvo dedicada a la Persona y Obra de su Hijo, tal como se lo pedía la obediencia y amor al Padre. Desde la Anunciación hasta su Asunción, su vida fue un “hágase” continuado y amoroso a la voluntad de Dios. Por eso, su vida fue profundamente eucarística. Más aún, en cierto modo fue una Eucaristía, al convertir su entera existencia en una ofrenda perfecta y continuada al Señor. Pidámosle que nos mire con amor de Madre y nos alcance de su Hijo la gracia de ser personas eucarísticas, haciendo de nuestra vida una ofrenda permanente.

Para la reflexión:

- Concreto un compromiso para tener más presente a María en mi espiritualidad y así ser mejor persona eucarística.

ORACIÓN MARÍA, MADRE...:

María, Madre del corazón lleno de Dios,
danos tu misma apertura al Padre,
para dejar que Dios entre en nuestro corazón.
Danos tu confianza para fiarnos de Dios
y dejar nuestra vida en sus manos.

María, Madre de los oídos abiertos,
abre los oídos de nuestro corazón
a la Palabra de Dios que nos habla
en las necesidades de los que nos rodean
y en las cualidades que Él nos ha regalado
y nos llama, como a Tí, a hacer su voluntad.

María, Madre de la entrega a Dios,
enséñanos a darnos con generosidad al Señor,
que está presente en los más pequeños
a los que debemos amar con nuestra ayuda.

María, Madre del corazón siempre dispuesto,
danos tu misma disponibilidad para ayudar
desinteresadamente y con alegría
a los que necesitan nuestro apoyo

y nuestra presencia amiga.

María, Madre del camino a casa de Isabel,
danos tu misma fuerza de voluntad
para salir con prontitud al encuentro
de los que están necesitados de nosotros,
sin poder o atreverse a pedir ayuda.

María, Madre atenta en las bodas de Caná,
danos tu misma solicitud y preocupación
para estar pendientes de los que no tienen
el vino de la alegría, de la esperanza y del amor
y poder saciarles de esa felicidad
que sólo da el vino bueno de tu Hijo Jesús.

María, Madre del “haced lo que Él os diga”,
ayúdanos a decir “Sí” a Dios,
un sí generoso y total como el tuyo
a la llamada que tu Hijo Jesús nos haga
a cada uno de nosotros.

VER:

- ¿A qué creo que se refiere el título de este retiro: “MARÍA Y LA EUCHARISTÍA”?
- Medito esta frase: Medito esta frase: También María se ofrendó juntamente con su Hijo en el momento de la Cruz, además de haber hecho de su vida entera un sacrificio agradable al Padre. Por eso, María está íntimamente unida a la Eucaristía. ¿Había pensado antes en esta relación?

JUZGAR: MARÍA Y LA EUCHARISTÍA – ECCLESIA DE EUCHARISTIA

56. María, con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario, hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. Cuando llevó al niño Jesús al templo de Jerusalén «para presentarle al Señor» (Lc 2, 22), oyó anunciar al anciano Simeón que aquel niño sería «señal de contradicción» y también que una «espada» traspasaría su propia alma (cf. Lc 2, 34.35). Se preanunciaba así el drama del Hijo crucificado y, en cierto modo, se prefiguraba el «stabat Mater» de la Virgen al pie de la Cruz. Preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de «Eucaristía anticipada» se podría decir, una «comunión espiritual» de deseo y ofrecimiento, que culminará en la unión con el Hijo en la pasión y se manifestará después, en el período postpascual, en su participación en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles, como «memorial» de la pasión.

¿Cómo imaginar los sentimientos de María al escuchar de la boca de Pedro, Juan, Santiago y los otros Apóstoles, las palabras de la Última Cena: «Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros» (Lc 22, 19)? Aquel cuerpo entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, ¡era el mismo cuerpo concebido en su seno! Recibir la Eucaristía debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz.

57. «Haced esto en recuerdo mío» (Lc 22, 19). En el «memorial» del Calvario está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasión y muerte. Por tanto, no falta lo que Cristo ha realizado también con su Madre para beneficio nuestro. En efecto, le confía al discípulo predilecto y, en él, le entrega a cada uno de nosotros: «¡He aquí a tu hijo!». Igualmente dice también a todos nosotros: «¡He aquí a tu madre!» (cf. Jn 19, 26.27).

Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros –a ejemplo de Juan– a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. Por eso, el recuerdo de María en la celebración eucarística es unánime, ya desde la antigüedad, en las Iglesias de Oriente y Occidente.

58. En la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de María. Es una verdad que se puede profundizar releyendo el Magnificat en perspectiva eucarística. La Eucaristía, en efecto, como el canto de María, es ante todo alabanza y acción de gracias. Cuando María exclama «proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador», lleva a Jesús en su seno. Alaba al Padre «por» Jesús, pero también lo alaba «en» Jesús y «con» Jesús. Esto es precisamente la verdadera «actitud eucarística».

Al mismo tiempo, María rememora las maravillas que Dios ha hecho en la historia de la salvación, según la promesa hecha a nuestros padres (cf. Lc 1, 55), anunciando la que supera a todas ellas, la encarnación redentora. En el Magnificat, en fin, está presente la tensión escatológica de la Eucaristía. Cada vez que el Hijo de Dios se presenta bajo la «pobreza» de las especies sacramentales, pan y vino, se pone en el mundo el germen de la nueva historia, en la que se «derriba del trono a los poderosos» y se «enaltece a los humildes» (cf. Lc 1, 52). María canta el «cielo nuevo» y la «tierra nueva» que se anticipan en la Eucaristía y, en cierto sentido, deja entrever su ‘diseño’ programático. Puesto que el Magnificat expresa la espiritualidad de María, nada nos ayuda a vivir mejor el Misterio eucarístico que esta espiritualidad. ¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un magnificat!

- Lee los textos de Juan Pablo II. ¿Qué te llama más la atención? ¿Qué te sugiere?
- Sin María no existiría Cristo-Pan de Vida y, por tanto, nosotros no podríamos comulgarlo. La Encarnación del Verbo tiene su prolongación sacramental en la Eucaristía. María, al hacer posible la Encarnación, hizo posible también la Eucaristía. Demos gracias al Espíritu Santo por haber formado en el seno de María el Cuerpo que Jesucristo ofrecería por nosotros en la Cruz y nos daría en comunión. ¿He pensado alguna vez en la profunda unidad que existe entre la Trinidad, la Encarnación, María y la Eucaristía?
- María está también unida a la Eucaristía porque durante toda su vida, no sólo en el Calvario, hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. la verdadera participación en la Eucaristía nos lleva a hacer de nuestra entera existencia una respuesta amorosa a la voluntad del Padre, aunque implique el dolor. Pensemos ante el Señor si a lo largo del día nos acordamos de ofrecer al Padre nuestro trabajo, nuestras ilusiones, nuestros proyectos, nuestras alegrías y penas... toda nuestra existencia.
- María es esa Madre de los oídos y los ojos abiertos a la Palabra de Dios que descubre las necesidades de los que le rodean. Con un corazón siempre alerta, y disponible para ayudar y servir desinteresadamente y con alegría. Preguntémonos, ¿hago de mi vida eucarística un servicio desinteresado hacia los demás, sobre todo hacia los más necesitados?
- María es el modelo perfecto de la acción de gracias que ha de prolongarse en nuestra jornada, después de haber participado en la Misa. De la misma manera que toda la vida de María fue un ininterrumpido Magnificat, la nuestra ha de ser también un permanente canto de alabanza y acción de gracias al Padre, haciendo nuestro el espíritu de María. ¿Agradecemos poder participar en la Eucaristía? ¿Nos acordamos de agradecer a Dios los favores que nos otorga cada día?

ACTUAR:

- Concreto un compromiso para tener más presente a María en mi espiritualidad y así ser mejor persona eucarística.

ORACIÓN MARÍA, MADRE....:

María, Madre del corazón lleno de Dios,
danos tu misma apertura al Padre,
para dejar que Dios entre en nuestro corazón.
Danos tu confianza para fiarnos de Dios
y dejar nuestra vida en sus manos.

María, Madre de los oídos abiertos,
abre los oídos de nuestro corazón
a la Palabra de Dios que nos habla
en las necesidades de los que nos rodean
y en las cualidades que Él nos ha regalado
y nos llama, como a Tí, a hacer su voluntad.

María, Madre de la entrega a Dios,
enséñanos a darnos con generosidad al Señor,
que está presente en los más pequeños
a los que debemos amar con nuestra ayuda.

María, Madre del corazón siempre dispuesto,
danos tu misma disponibilidad para ayudar
desinteresadamente y con alegría
a los que necesitan nuestro apoyo
y nuestra presencia amiga.

María, Madre del camino a casa de Isabel,
danos tu misma fuerza de voluntad
para salir con prontitud al encuentro
de los que están necesitados de nosotros,
sin poder o atreverse a pedir ayuda.

María, Madre atenta en las bodas de Caná,
danos tu misma solicitud y preocupación
para estar pendientes de los que no tienen
el vino de la alegría, de la esperanza y del amor
y poder saciarles de esa felicidad
que sólo da el vino bueno de tu Hijo Jesús.

María, Madre del “haced lo que Él os diga”,
ayúdanos a decir “Sí” a Dios,
un sí generoso y total como el tuyo
a la llamada que tu Hijo Jesús nos haga
a cada uno de nosotros.